

DESORIENTACION POR EL "LUTERO" DE FUNCK-BRENTANO

Francisco J. Montalbán S. J. (1)

Mala papeleta le tocó desempeñar al prologuista español al querer por una parte hacer una presentación encomiástica de su patrocinado y por otra hacerla ante un público que anhela por revivir nuestra tradición. "Pues bien —nos dice el prologuista;— uno de los móviles centrales de aquella ecuménica gesta española que fué la Contrarreforma, ha sido la defensa y afirmación de la libertad humana en un sentido profundo y radical frente a Lutero" (pág. 22). De modo que nuestros padres pusieron toda su alma y la sangre de sus venas en salvar el catolicismo y la libertad humana del naufragio luterano, y ¡ahora, en estas circunstancias en que necesitamos todas nuestras energías para encontrarnos y reorganizarnos, se presenta a nuestra incauta juventud el cuadro de un Lutero reinvidicado, de un Lutero amable y héroe, pintado con colores de luz sobre un fondo de un catolicismo tristemente ensombrecido! Porque tal es la obra de Funck-Brentano.

Más que investigador histórico, Brentano es pintor egregio. Al aprestarse a pintar su cuadro, Brentano se nos presenta hierático, sereno, con aires de objetividad; pero en su mano derecha lleva la esponja y en su izquierda un buen por qué de negro humo, por no decir otra cosa. ¡Si en medio de su afectada majestad pudieran los lectores sorprender la sonrisa que aflora a sus labios después de un golpe de esponja en el rostro de Lutero o de un brochazo sombrío en el fondo católico de su cuadro! Pero este detalle escapa a la inmensa mayoría de los lectores, y de ahí su desorientación y sus perplejidades. Mucha esponja sobre la figura de Lutero, brochazos recargados sobre el fondo católico; esa es la obra maestra de Brentano.

BRENTANO, PINTOR

En la mente de todos y en la realidad está que la obra de Lutero fué ante todo una revolución religiosa, que se llamó Reforma y desgajó del seno de la Iglesia católica buena parte de Europa. Tras varios años de estudio sobre los orígenes del protestantismo, cada día me persuado más de que

(1) Por estar de venta entre nosotros la biografía de Lutero por Franz Funck-Brentano, edición mexicana, 1950, por la Editorial Diana, S. A., juzgamos oportuna la reedición del presente artículo publicado con ocasión de la edición española, 1941, prologada por Salvador Lasarrague Novoa.

este problema es sumamente complicado y exige sólidos conocimientos teológicos e históricos. El dominio de la Teología y de la Historia Eclesiástica se imponen a todo investigador serio de la Reforma protestante.

Ahora bien, Brentano será, al decir del prologuista, **un medievalista destacadísimo**. Ciertamente ha manejado mucho los escritos de Lutero, posee vasta erudición, fotografía admirablemente las escenas, conoce multitud de detalles y pormenores de la vida externa del héroe, penetra profundamente en la psicología de Lutero como hombre...; pero el mismo Brentano confiesa que la Teología no es su dominio, y los rasgos, más bien caricaturescos, con que desfigura doctrinas, personas y cosas católicas, prueban que tampoco está ahí su fuerte. Para no citar sino un detalle: ¿en qué fuente sería habra bebido Brentano, que Alejandro VI "había lanzado el primero esta idea extraordinaria, que debía ir seguida de formidables consecuencias: la de que el Papa tenía poder para sacar las almas del Purgatorio"? Ni ¿qué tenía que ver con esas ideas Lucrecia Borgia? (pág. 79). Tal vez en el **Diccionario histórico y crítico, modelo de precisa erudición** (pág. 28) de Pedro Bayle, primero hugonote, después católico, en seguida otra vez protestante y después apóstata del protestantismo, para quedar siendo un escritor notable, pero escéptico y debelador del catolicismo. **El admirable escritor** (pág. 24), **el admirable historiador** le llama Brentano.

¿Y los profundos conocimientos teológicos de Brentano? En el capítulo XX sobre la Doctrina, de Lutero, teníamos derecho a esperar una buena síntesis de la doctrina luterana; pero nuestras esperanzas quedan defraudadas. En vez de los tres grandes principios luteranos: el psicológico, con la corrupción radical de la naturaleza humana y la pérdida de la libertad por el pecado original; el soteriológico, con la justificación por la sola fe en Cristo sin nuestras obras; el eclesiástico, con la Iglesia invisible y la sola Escritura como fuente y norma de la revelación sin la jerarquía..., nos presenta Brentano como base del pensamiento de Lutero un supuesto fondo católico, es decir, una serie de puerilidades sobre el Génesis y el origen del hombre, una serie de irreverencias (pág. 261) sobre Dios sacadas de las **Charlas de sobremesa** de Lutero, sin precisar cuándo habla Lutero en serio o cuándo bromea o ridiculiza, sin distinguir cuándo habla a lo teólogo o cuando emplea un lenguaje vulgar (pág. 262-263). Nos presenta a Jesucristo descrito por Lutero con un lenguaje irreverente y sacrilego: "En una depravación intelectual que todavía no ha sido subrayada, al parecer, por ninguno de sus numerosos biógrafos" (pág. 267), supone a Jesús varias veces adúltero.

Así, en una mezcla de insensatez, de blasfemias, de bromas familiares, de frases sarcásticas, nos va presentando una serie de ideas luteranas sobre el origen y fin del hombre, sobre el mundo, sobre Dios y la Trinidad, sobre los Libros Sagrados, sobre las angustias de Lutero como origen de la única idea típicamente luterana acerca de la justificación por la sola fe en Cristo. También nos ofrece una serie de ridiculeces sobre demonología. Todo este conjunto ni es católico ni protestante, sino un centón de cuchufletas de un bromista, simplezas de una conversación familiar, blasfemias de un psicópata.

Este conjunto de ideas las saca Brentano de las **Charlas de sobremesa**, de Lutero. Precisamente desde el punto de vista científico, de investigador histórico y expositor crítico, éste es el defecto capital de la obra de Brentano. No hay más que recorrer las citas (malamente incluídas en el texto

y defectuosamente redactadas, defecto de impresión técnica), para convenirse de que la biografía de Lutero la ha escrito Brentano a base de las "Charlas". Hasta siente Brentano la necesidad de hacer la apología de esa su fuente principal (pág. 24).

Ciertamente Brentano conoce y cita otras obras de Lutero, pero la base principalísima de sus obras son las Charlas o Tischreden. Ahora bien; las Tischreden, cuya autenticidad no ponemos en duda, son ciertamente un arsenal magnífico de colorido histórico, un centón de casos y dichos y apreciaciones sugestivas, curiosas e interesantes; son también un documento preciosísimo para estudiar la psicología de aquel hombre tan singular. Pero hay que andar con suma cautela para apreciar el valor, la realidad histórica del dato que aportan. No basta que las **Tischreden** sean de una autenticidad innegable para admitir como verdad inconcusa cuanto allí se afirma. ¡También las campañas de radio de los beligerantes durante las guerras son auténticas y cándido ha de ser el radioescucha que las tome a la letra! ¿No pide algo más la crítica de las fuentes?

Lutero, en sus Tischreden, será conmovedor por su sinceridad, cuando no entra en juego la reputación de su persona, o en cosas que en su misma despreocupación y creída superioridad hasta cierto punto no le hieren sino produciéndole cierto cosquilleo agradable; pero Lutero es **muy bauer sajón**, muy ladino en pintar las cosas a su modo, cuando se trata de puntos capitales. Esta apreciación salta a la vista cotejando las Charlas, de Lutero, con otros documentos de la época y con otros escritos del mismo Lutero. ¡La sinceridad y franqueza aldeana de Lutero se mueve dentro de ciertos límites!

Con tintas tomadas del retrato hecho por el propio Lutero y transmitidas con cariño por sus incondicionales con algunas pinceladas más, robadas a los apologistas Mathesius, Melanchton, Aurifaber..., el cuadro tenía que salir encantador, Lutero tenía que aparecer **conmovedor**, para que tanto guste, por lo menos a nuestro traductor hispano.

Naturalmente, el testimonio de Melanchton y demás íntimos de Lutero tiene su valor; pero en determinadas circunstancias, y más cuando acusa que cuando alaba. Brentano en su pintura escoge bien sus colores. Cuatro o cinco veces cita frases de Grisar, pero siempre para recoger otros tantos rayos de luz a favor de Lutero, que saltan de la obra de Grisar, sin indicar para nada cuál es el fondo general del cuadro del ilustre jesuita en cuestiones luteranas. Además, en todos los párrafos se observa esa misma arte pictórica: empieza Brentano por darnos una figura radiante, después, como no podía menos, vienen las tintas negras, para terminar suavizándolas con un final apacible, **conmovedor**.

GOLPES DE ESPONJA

¿Queremos ver a Brentano manejando la esponja? Escojamos, por ejemplo, el capítulo XXVI; "El Hombre". Empieza por pintarnos de cuerpo entero a su héroe con una frase de Erasmo: "Unánimemente se alaban las costumbres de este hombre, y ¿no es un gran homenaje el que sus mismos enemigos no encuentren en él motivo de calumnia?" (pág. 333) ¿Para qué habían de buscar motivo de calumnia, si les sobraban motivos reales, como muy pronto le sobraron al mismo Erasmo para pintar un Lutero muy diferente? Y continúa Brentano con otro boceto de Melanchton: "Los que le

conocen y le frecuentan en la intimidad, saben que es excelente, dulce y amable, ni obstinado, ni amigo de querellas. Es de un carácter grave. A veces acusa violencia y dureza para los que combaten su doctrina, no por malignidad de temperamento, sino por ardiente pasión de la verdad" (pág. 333). ¡Bien experimentó la falsedad de este retrato de Lutero el mismo dulce Melanchton, que tuvo que aguantar, y muchas veces no pudo soportar, el genio intratable del maestro, y varias veces en cartas a sus íntimos se lamentaba de la grosería de lenguaje, de los excesos de la mesa, de la ligereza y livianidad en el trato con las **monjitas raptadas**, del lenguaje chocarrero y obsceno de Lutero!

Después nos habla Brentano en ese capítulo del nerviosismo enfermizo de donde nacía su excesiva impresionabilidad, sus visiones a veces celestes, muy a menudo diabólicas (pág. 334) y su irritabilidad a toda contradicción. El pintor ha tenido que caracterizar a su héroe y acusar algunos de sus verdaderos rasgos. Pero inmediatamente viene un golpe de esponja: "En sus cotidianos modales era simple, afable, bondadoso... Brillaban sus ojos con un brillo seductor..." (pág. 334).

El pintor tiene que acusar otro rasgo característico: "¿Era Lutero orgulloso? Sí y no". Y después de explicar con ejemplos el sí, se explaya en el no (pág. 335). En realidad, Lutero, por salvar sus ideas, echó por la borda la autoridad de todos los Padres y Concilios; ante el doctor Lutero no había doctores que valieran desde Adán hasta el fin del mundo, todos eran unos **asnos asnisimos**...; en un arranque de mística humildad (sin duda mística luterana), se anteponía a todos: "Desde hace mil años a ningún obispo ha otorgado Dios tan grandes dones como a mí" (pág. 336). En su loca soberbia, Lutero se rebela varias veces contra Dios y blasfema de El, como en el capítulo sobre "La doctrina"... Pues Brentano al instante acude con la esponja: en su terquedad, Lutero se creía inspirado por Dios; su soberbia no es soberbia, pues reconoce que sus dones los ha recibido de Dios; cuando blasfema es porque en sus ansiedades de espíritu, Dios se le presenta como un juez severo y cruel; su cólera se debe a la falta de comprensión de la psicología de los demás, es un inadaptado psicológicamente.

Prosigue Brentano esbozando la ira desapoderada del Reformador, que le hacía prorrumpir en los dicterios más atroces, en los insultos más soeces, de suerte que hasta en la oración, en vez de bendecir a Dios, en expresión del mismo Lutero, sólo podía maldecir a sus adversarios, fueran los malditos papistas o los disidentes de su doctrina: cuantos se le ponían delante. En esta rudeza plebeya, tan repugnante como grandiosa en frase de Heine: "en este estilo rocoso y barroco el atrevido monje aparece a veces como un dantón religioso; como un predicador de la Montaña quien, de pie en su cima, hace rodar sobre sus adversarios sus palabras aplastantes como pedruzcos de roca" (pág. 319), que no siempre eran rocas, ni siempre rocas limpias las que arrojaba Lutero. Pues Brentano se acerca con su esponja: (pág. 339), y, por otra parte, Lutero se daba cuenta de los bienes de la dulzura y paciencia: casi fué un modelo de paciencia en toda su vida. ¡Lo que tuvo que sufrir el pobre!

Pero, ¿no sabe Brentano que precisamente el soberbio desapoderado y el iracundo enfurecido, cuando no está en contingencia su honra, es muy pródigo en llanezas y humillaciones fáciles; cuando no está cerca el enemigo, es todo suavidad y dulzura por necesidad fisiológica del desfogue?

Después aborda Brentano la cuestión del vino y cerveza y del lenguaje escabroso; pero en seguida tiene su justificante en el ejemplo de las ocurrencias rabelesianas de Rabelais, uno de los más hermosos genios del siglo. Pasemos por alto el desinterés de Lutero. A continuación nos habla Brentano de la oración sencilla, infantil de Lutero, de las dudas y angustias que contra su propia obra torturaban al Reformador, y que éste achacaba al demonio... Y la esponja de Brentano se consuela con "su grande y profunda sinceridad de pensamiento y corazón".

En los últimos capítulos viene el gran golpe final de esponja: sea lo que quiera de la doctrina de Lutero, de sus deslices morales, Lutero es todo un hombre, es el tipo de la raza alemana, su más genuino representante en lo humano, en lo franco, en el saber gozar de la vida...

¿Pero trata Brentano de darnos el retrato de un bauer sajón o del Reformador Lutero? Por mucho que se le quiera divinizar como gloria nacional, como supuesta reacción de raza contra el catolicismo mal adaptable y adaptado al talle germano, como si el catolicismo no fuera la religión universal que ha sabido adaptarse a todos los tiempos y a todas las razas y a todas las latitudes; por más que a Lutero se quiera presentar como forjador del lenguaje patrio, aunque no respetara el mismo texto sagrado en su afán de alemanizar, como gran patriota... (pág. 305), Lutero siempre será el Reformador del siglo XVI. Por encima de todas esas supuestas o reales cualidades está el revolucionario religioso, y por encima de la misma patria, en la Humanidad hay valores de orden más elevado, hay valores de carácter más universal y, por lo tanto, más primordiales, que por cierto, en nada se oponen al verdadero patriotismo.

Otro golpe de esponja, que al propio tiempo es brochazo sombrío sobre el fondo católico, lo tenemos en el capítulo sobre "El matrimonio turco de Felipe el Magnífico". Lutero, apretado por su protector el príncipe Felipe de Hesse, y muy a disgusto suyo, autorizó en un dictamen secreto, que pronto se hizo público, el doble matrimonio o bigamia de dicho príncipe. Lutero y los suyos confesaban que ese paso los había deshonrado; los más fervientes partidarios de Lutero lo reprueban. Pues Brentano concluye que al fin de cuentas y ante el pavoroso cuadro de la corrupción romana: "Decididamente, estamos dispuestos a colocarla (esta falta de Lutero) en la columna de los pecados veniales" (pág. 301).

No involucremos las cosas. ¿Se trata de corrupción de costumbres o de perturbación de ideas? Si se trata de claudicación dogmática, como lo es este dictamen y concesión, ¿dónde está algo semejante en la Iglesia católica ni antes, ni entonces, ni después? Si se trata de corrupción de costumbres, ¿no resuena todavía el clamoreo de los mismos corifeos de la Reforma quejándose del aumento de corrupción de costumbres entre sus secuaces?

SOMBRAS AL FONDO

Pero más que los tonos brillantes, luminosos, del retrato mismo de Lutero, tal vez perturben los ánimos de los lectores católicos las sombras que la obra de Brentano arroja sobre el fondo católico. Todo el fondo de personajes y hechos católicos en que se mueve la biografía de Lutero queda ensombrecido, caricaturizado, incomprendido o calumniado por Brentano.

El capítulo I, "Roma", es un brochazo volteriano. Para encuadrar la época de la Reforma se puede y se debe decir mucho más que eso acerca de la corrupción general de costumbres reinante, aun en las altas esferas eclesiásticas; pero en serio y dando el sentido y orientación de los hechos. Las puntadas rabelianescas o bellayescas, como cuando se presenta el contraste que hace Lutero entre su grave piedad alemana y la liviandad italiana, o la picaresca descripción que en sus Charlas posteriores nos hace Lutero de sus inútiles ansias romanas de piedad supersticiosa, o cuando supone a Lutero arrojado a empujones por sus hermanos ítalos porque les indicó se debía guardar la vigilia en un día de abstinencia, desentonan por su inoportunidad y falta de seriedad. ¿Y qué decir del brochazo carnavalesco lanzado al rostro de los cardenales?

Tanto más que ese viaje a Roma no influyó ni poco ni mucho en el espíritu de Lutero. ¡Ante los ojos del poble fraile extranjero se le iban a ir presentando todas las escenas inmorales pasadas y presentes! Sólo posteriormente le sirven de tópico sus diatribas. Las descripciones que posteriormente de él hace van tornasoladas por el espantoso cambio operado para entonces en Lutero. Brentano, para comenzar su retrato, ha lanzado un buen brochazo, bien recargado, sobre el rostro de Roma.

Pasemos al capítulo de las indulgencias. No sabe uno qué admirar más, si la incomprensión de la verdadera doctrina de la Iglesia en este punto, doctrina muy anterior a Lutero y Alejandro VI, o la terquedad con que insiste en la idea de venta de las indulgencias como uso admitido y corriente: "León X hacía, pues, vender en Alemania cartas de indulgencias para la terminación de la basílica de San Pedro y para la cruzada contra los turcos" (pág. 81). Alude Brentano a la limosna impuesta como una de las condiciones requeridas para ganar la indulgencia, presupuesta, claro está, la confesión de los pecados; limosna que se recogía para algún fin piadoso, como la construcción de la basílica de San Pedro. Ciertamente esta colecta de las limosnas se prestaba a muchos abusos, desgraciadamente reales y a malas inteligencias; pero la cosa en sí nada tenía de venta ni de ilegal. La textura de todo este capítulo es un buen brochazo oscuro sobre el fondo para que resalte más la figura de su héroe en este punto capital, que fué la ocasión de su ruptura con Roma. Por si esto era poco, tenía que salir a colación la infeliz Lucrecia, aquí donde nada tenía que hacer (pág. 79) y había que lanzar otro brochazo sobre el rostro de Julio II: "Un San Pedro inmenso serviría de estuche a sus pontificiales huesos" (pág. 80). ¡Por lo visto, no se trataba de construir un panteón al Príncipe de los Apóstoles y una iglesia digna de toda la cristianidad, sino un mausoleo a la vanidad de Julio II!

Pasemos adelante. El lector recordará la triste figura de abadesa empalagosa que en La controversia de Augsburgo presenta el insigne cardenal Cayetano junto a la iluminada figura de Lutero o junto al por muchos conceptos inepto y entrometido Miltitz, que, aunque fuera sajón, no estuvo a la altura de las circunstancias. ¡Con buenas cenas y vasos de cerveza en íntima camaradería con Lutero y dando al Reformador la razón en todo, pensaba se arreglaría pronto y bien aquel asunto!

Pero la figura de Eck es la que sale peor parada de manos de Brentano. "Se encrespó el debate por culpa de un canónigo..." (pág. 112). ¡Cuando la Historia nos dice que Eck fué a la disputa de Leipzig lanzado y empujado

maliciosamente por Lutero! Mientras la voz endeble y la memoria flaca de Carlstadt tienen su golpe de esponja compasivo, en Eck hasta su hermosa y sonora voz y su prestancia externa le desagran. La inflexible lógica y pasmosa erudición con que tritura y abrumba a sus adversarios, son otros tantos puntos en disfavor suyo.

De esta disputa lo que nos dice la Historia es que Carlstadt disputó tan desgraciadamente que el mismo Lutero le calificó de pésimo disputador y de embotado ingenio: saltó Lutero a la arena y quedó tan mal con las concesiones, que tuvo que hacer a la lógica implacable de Eck, que abandonó precipitadamente Leipzig antes de terminarse la disputa. Para completar la figura no podía faltar la pincelada maligna, tomada de la sarta de dicterios que sus adversarios lanzaron contra Eck: "El bello sexo: ¿qué vamos a pedir de un hombre tan bien plantado?" (pág. 112).

¿Y cómo nos pinta la doctrina católica? "Con esta nueva doctrina de la justificación del pecador, el Reformador operó una profunda transformación en el alma de una parte de Europa: una religión que se manifiesta por ceremonias, por la práctica del culto, la devoción a las imágenes, las peregrinaciones, el recurso a las indulgencias, Lutero la substituye por otra religión concentrada en el alma de los fieles por los lazos místicos de la fe y del amor entre el Creador y sus oradores" (pág. 273). En la página 29 nos había dado la misma idea del catolicismo. ¡Donosa síntesis del Nuevo Testamento y de la Suma de Santo Tomás!

OTROS ELEMENTOS ORIENTADORES

Para fijar el campo donde se mueve Brentano y ponderar sus juicios y tendencias nos pueden servir de norma los siguientes indicios:

Primero. Brentano concede gran autoridad a Heine y Michelet, porque "se hallaban libres de toda preocupación religiosa". Ya sabemos que eso quiere decir que eran descreídos. También concede suma autoridad al hugonote y escéptico Pedro Bayle, redactor "de su admirable Diccionario histórico y crítico, modelo de precisión, de claro y firme pensamiento, de conciencia y probidad científicas" (pág. 28).

Segundo. Para justificar las groserías e indecencias de lenguaje de Lutero acude al ejemplo de Rabelais, célebre satírico francés, pero cínico denigrador de los frailes, tráfuga primero de los franciscanos y después de los benedictinos, irregular y apóstata, aunque por el atractivo de su vena satírica mantuviera relaciones amistosas con altos personajes eclesiásticos.

Tercero. Del hereje y perturbador revolucionario Juan de Huss, dice: "En lo que los checos hacían verdaderamente un honor a Lutero, porque Juan de Huss, con quien nuestro reformador tenía, por otra parte, bastante semejanza, fué seguramente una de las más bellas, nobles y más altas figuras con que pueda honrarse la Humanidad". ¡Pues no ha dicho nada! Y además supone Brentano como dato demostrado que en Constanza se violó el salvoconduto dado por el emperador (pág. 66, 136).

Cuarto. En varias ocasiones elogia la actitud levantisca de la Universidad de París contra Roma por sus ideas galicanas, "que se oponía a las invasiones de la corte de Roma" (pág. 102, 120). ¿Quién era el invasor?

Quinto. Dice de Lutero que es "el más elocuente, quizá el más poderoso de los apologistas que haya encontrado el Evangelio según San Juan" (pág. 378); y hablando del Apocalipsis, afirma: "En la apreciación del Apocalipsis concuerda Lutero con la exégesis moderna (en hechar este libro) pág. 269). ¿Quiénes son esos exegetas modernos? Sin duda aquellos a quienes el mismo Lutero con frase más bravia hubiera dicho: "Zapatero, a tus zapatos, ¿qué entiendes de Apocalipsis ni de Libros Sagrados?"

CONCLUSION

Concluyamos ya, pues lo dicho basta para orientarnos.

Lutero, en sus blasfemias contra Dios, a quien llama estúpido, y en sus blasfemias contra Jesucristo, a quien supone varias veces adúltero; Lutero, en su frenesí con que atropella toda autoridad y cuanto se le pone delante; Lutero, en sus procacidades de lenguaje que no hay por qué volver a indicar; Lutero, que aconseja ahogar las angustias del corazón, los atrozadores remordimientos de su rebelión y las tentaciones de la carne con buenos jarros de vino o cerveza, será o no será psicópata, se creería o no se creería inspirado por Dios, será o no será soberbio e iracundo, sin freno ni control, podrá ser todo un hombre, todo un alemán, todo un patriota...

Pero Lutero, en este su proceder, en su vida y su obra, no debe ser juzgado como un vulgar rústico sajón, sino tal como se ha presentado ante la Historia, como un reformador religioso.

Este es el defecto capital de enfoque en la obra de Brentano: el defecto capital científico es la falta de preparación teológica y el abuso de las Charlas.

Podrán algunos celebrar a Lutero como a genio de su raza, como al alemán standard; pero si rechazan al Reformador o prescinden de ese carácter, ellos mismos derriban la base de su escisión religiosa.

Y en este punto Lutero, aun a través de la obra de Brentano, no tiene la talla de Reformador.

Entonces, ¿cómo se consumó la escisión de Europa? La respuesta nos llevaría demasiado lejos. A ella responderemos, queriéndolo Dios, en un estudio histórico-crítico sobre Los Orígenes de la Reforma protestante que estamos ultimando y que si antes dudábamos de la oportunidad de su publicación en un ambiente español, ahora la ha hecho conveniente la obra de Brentano. ⁽¹⁾

(1) El libro hace el No 2 de la Sección histórica de la Biblioteca Oniense: "Los orígenes de la Reforma protestante" por Francisco J. Montalbán, S. J., Doctor en ciencias históricas por la Universidad de Munich. Ediciones Fax. Plaza de Sto. Domingo, 13, Madrid.